

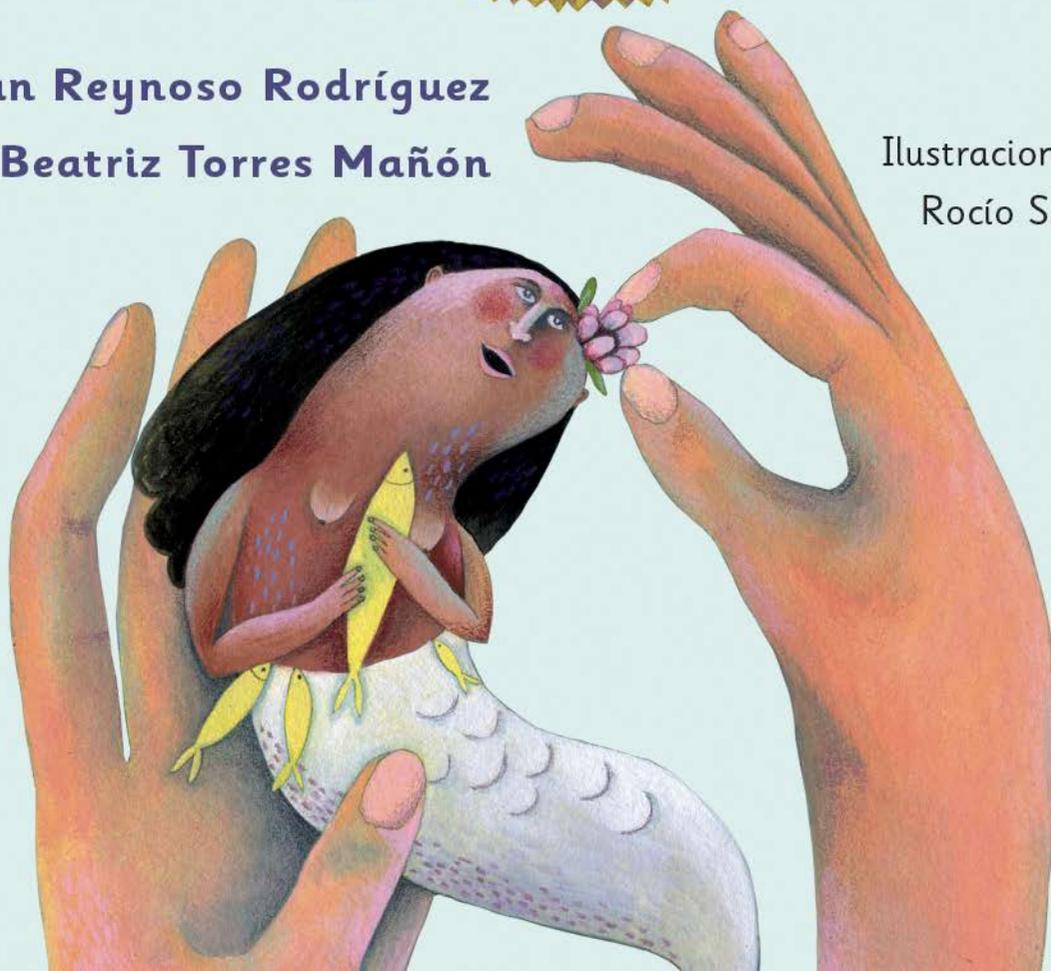
Y tú, ¿qué sabes hacer con tus manos?

Un recorrido por los talleres artesanales de Metepec



**Cristian Reynoso Rodríguez
y Beatriz Torres Mañón**

Ilustraciones:
Rocío Solís Cuevas



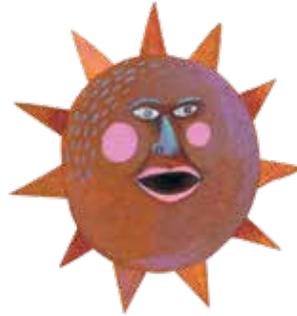
**Y tú,
¿qué sabes hacer
con tus manos?**

• Un recorrido por los talleres artesanales de Metepec •

Colección Lectores Niños y Jóvenes | **Literatura infantil**

Y tú, ¿qué sabes hacer con tus manos?

• Un recorrido por los talleres artesanales de Metepec •



Cristian Reynoso Rodríguez
Beatriz Torres Mañón

Ilustraciones: Rocío Solís Cuevas

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL
Presidente
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros
Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricoli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico
Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo
Roque René Santín Villavicencio

Y tú, ¿qué sabes hacer con tus manos?

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México / Ayuntamiento de Metepec, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

D. R. © Ayuntamiento de Metepec 2016-2018
Villada núm. 37, Barrio del Espíritu Santo,
C. P. 52140, Ciudad Típica de Metepec.
<http://www.metepec.gob.mx>

© Cristian Omar Reynoso Rodríguez y Beatriz Torres Mañón, por texto
© Rocío Solís Cuevas, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-648-1

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/24/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.



David López Cárdenas
Presidente Municipal

Alejandro Abad Lara Terrón
Secretario del H. Ayuntamiento

Rodrigo Benjamín Flores Santín
Director de Cultura

*Para todos los pequeñines de mi familia
Para el niño que tengo en casa: Rito
Cristian Reynoso Rodríguez*

*Con amor para Sebastián y Matías,
fuente de mi inspiración
Beatriz Torres Mañón*



Y TÚ, ¿QUÉ SABES HACER CON TUS MANOS?

Si mis manos se miraran, se querrían un poco más, entonces se abrazarían y saldrían a pasear...

A contraluz, las manos entrelazadas son pájaros volando, papalotes bailando con el viento. Golpeando palmas hacen música y frotando con fuerza y rapidez los dedos, un chasquido.

Y tú, ¿qué sabes hacer con tus manos?, además de rascarte perplejo la cabeza o hurgarte la nariz.

Tus manos, por ejemplo, podrían sostener y hojear este libro, tanto por la historia que nos comparten Cristian Reynoso Rodríguez y Beatriz Torres Mañón sobre Mariana y su abuelo, sobre Mariana y Metepec, sobre Mariana y su periplo de maravillas, como por los dibujitos de Rocío Solís Cuevas —si es que prefieres los dibujitos—.

Porque justamente de quehaceres de las manos trata este libro, pero no de cualquier quehacer, sino de la magia transformadora de las manos de los artesanos.

¿Cómo el áspero barro, desperdicios de vidrio, el humilde papel de china, la palma y el cuero pueden convertirse en obras de arte?

¿Qué enseñanzas antiguas, qué mirada colorida, qué oficiosa habilidad concreta la belleza?

Ven a través de las historias de Mariana y de su abuelo hasta las puertas abiertas de los talleres de los artesanos de Metepec, escucha sus voces, mira sus tornos y sopletes, sus gubias y pinceles y aguarda paciente la hermosa pieza producto de sus manos.

Después de leer *Y tú, ¿qué sabes hacer con tus manos?* no volverás a mirar con indiferencia el trabajo de nuestros artesanos, porque sabrás para siempre que en ese oficio complicado y minucioso palpita el corazón de un pueblo orgulloso de su cultura y tradición.

LA MAGIA DE UN PUEBLO ARTESANO

Todos los niños deberían conocer el trabajo de los artistas de la región donde viven —el llamado arte popular—, pues muestra las tradiciones de los pueblos y la sensibilidad de hombres y mujeres que cuentan con una gran imaginación. Estos artistas conviven diariamente con nosotros, caminan por las calles y pasan desapercibidos ante nuestra mirada cuando están en busca de la inspiración para crear hermosos objetos con materiales diferentes, tales como barro, papel, vidrio, cuero, palma y tule. Para fortuna de los metepequenses, todas estas maravillosas creaciones las encontramos en varios rincones de nuestro municipio.

Desde 2012, Metepec, que en lengua náhuatl significa “en el Cerro de los Magueyes”, es considerado uno de los nueve Pueblos Mágicos del Estado de México debido a su belleza arquitectónica, legado histórico, tradiciones y, por supuesto, su labor artesanal. Aquí, desde hace muchos años se ha realizado un sinfín de coloridas piezas, como las sonrientes tlanchanas rodeadas de pequeños animales acuáticos; los solecitos cachetones que juntan sus mejillas con las coquetas lunas; los vistosos canastos de múltiples tamaños que sirven para guardar cientos de cachivaches; las jarras, vasos y copas que conforman varias familias de vidrio soplado, así como los resistentes cinturones y morrales de cuero que nos recuerdan nuestra herencia prehispánica y española.

Más de un centenar de maestros artesanos —que hacen arte con las manos— son responsables de que las tradiciones y costumbres persistan y sean conocidas por los visitantes. En cada pieza que elaboran dan cuenta de nuestras raíces y fomentan nuestra identidad. Por ello, hoy brindamos este merecido reconocimiento basado en múltiples visitas a esos espacios de inspiración —los talleres artesanales de Metepec—, que gracias al apoyo de David López Cárdenas, Presidente Municipal Constitucional, a éste y otros proyectos del Consejo Municipal de la Crónica, ha logrado ver la luz para beneficio de la población y ya forma parte del legado historiográfico de esta tierra.







Un viaje no tan esperado

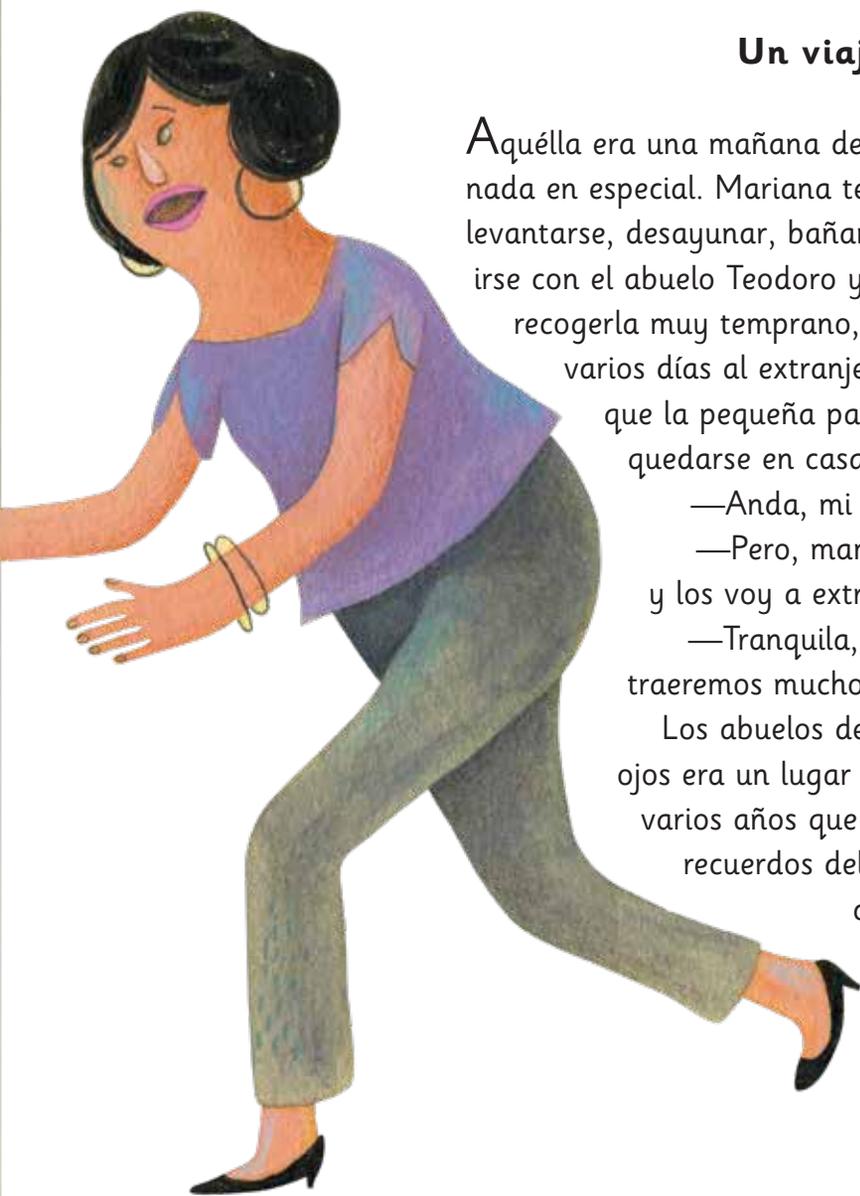
Aquella era una mañana de sábado que, como otras, parecía no tener nada en especial. Mariana tenía en mente lo que haría el resto del día: levantarse, desayunar, bañarse y estar preparada con su equipaje para irse con el abuelo Teodoro y la abuela Francisca, quienes llegarían a recogerla muy temprano, pues sus papás emprenderían un viaje por varios días al extranjero. La mamá de Mariana la apresuró, ya que la pequeña parecía poco entusiasmada ante la idea de quedarse en casa de sus abuelos.

—Anda, mi niña, sólo serán algunos días.

—Pero, mamá —replicó Mariana—, son muchos días y los voy a extrañar.

—Tranquila, verás que el tiempo pasa muy rápido y traeremos muchos regalos para ti.

Los abuelos de Mariana vivían en Metepec, que a sus ojos era un lugar muy lejano de su ciudad natal; tenía varios años que no iba de visita y sólo le quedaban vagos recuerdos del Cerro de los Magueyes y del antiguo convento franciscano ubicado en el centro de la cabecera municipal. En aquella ocasión había enfermado, pues el clima



durante el invierno era bastante frío y había tenido que estar en cama sin salir a visitar el pueblo, así que esta vez iba lista con su celular para mantener comunicación con sus padres mientras estaban lejos y tomar muchas fotografías de todo lo que le gustara, sin olvidar a su fiel compañero, un diario en el que escribiría cada noche todo lo que viviría durante esos días. A las diez de la mañana escuchó a lo lejos el claxon del carro de sus abuelos y, sin más remedio, acompañó a su mamá para recibir en la puerta a los tiernos viejecitos.

Teodoro y Francisca bajaron del vehículo, de inmediato abrazaron a su nieta y le entregaron algunos regalos que incluían ropa y libros para niños. Después de despedirse y subir su maleta a la cajuela, Mariana abordó el auto con un poco de tristeza; agitaba la mano desde el asiento trasero mientras miraba a lo lejos las siluetas de sus padres perderse en el horizonte.

Durante el camino, aburrida de ver por la ventana sólo algunos árboles, se quedó dormida. No supo cuánto tiempo pasó ni qué pueblos atravesaron en el recorrido, hasta que un fuerte estornudo del abuelo la despertó; ésa era la señal de que estaban próximos a su destino, pues el clima frío le causaba cierta alergia.

—Despierta, mijita, estamos a punto de llegar. Tu abuela y yo te hemos preparado la habitación que tiene un balcón, para que puedas admirar nuestra colorida calle.

—Gracias, abuelito —dijo Mariana, no muy convencida de las palabras del abuelo.

Ella no recordaba con exactitud cómo era la casa, pero desde que puso un pie en el zaguán percibió que no era tan grande como pensaba. Tenía un patio verde y en el centro una antigua fuente adornada con angelitos cachetones de





cuyas bocas brotaba agua; todas las paredes del corredor estaban decoradas con soles y lunas muy coloridas; en el pasillo había macetas con formas de animales y flores. Al cruzar la puerta de la sala principal, una maravillosa figura llamó por completo su atención. Sus ojos nunca habían visto nada igual en la ciudad donde vivía: era enorme y estaba repleta de objetos, flores, hojas y pajaritos; una pieza de verdad impresionante.

—Abuela, ¿qué es eso? —preguntó con gran interés.

—Es un Árbol de la Vida.

—¿Árbol de la Vida? ¿Qué es eso?

—Es una de las artesanías más representativas de Metepec; lo elaboran los artesanos de este Pueblo Mágico.

—¿Qué es un artesano?

—Un artesano es un artista, una persona extraordinaria capaz de hacer piezas únicas con las manos, empleando diferentes tipos de materiales.

—¿Y cómo lo crearon?

—Con ayuda de su imaginación y destreza, apoyados en el conocimiento que tienen de las tradiciones alfareras de esta región.

El abuelo Teodoro se quedó pensativo y, como observó gran interés en las preguntas que hacía la niña, pensó en cómo hacer que comprendiera mejor el trabajo de los artesanos del lugar.

—Hijita, ya es tarde e imagino que estarás cansada por el viaje, vamos a merendar, te llevaremos a tu habitación y prometo que



mañana muy temprano iremos a conocer el trabajo que realiza uno de los artesanos que viven en Metepec.

—¡Síííí, abuelo! —gritó emocionada la niña.

Mariana terminó su merienda y, ya instalada en su habitación, a través del balcón pudo contemplar las luces del cerro y sus enormes escalinatas; de alguna forma el agotamiento del viaje y lo maravillada que había quedado con la pieza la hicieron olvidar un poco la ausencia de sus padres. Finalmente decidió ir a la cama, entusiasmada por lo que le esperaba al otro día.







El amor convertido en barro

A la mañana siguiente, el abuelo Teodoro se dirigió a la habitación de su nieta y la encontró ya lista, con la mochila al hombro y guardando su celular con carga completa de batería para no perder ningún detalle de la visita que harían juntos; se dirigieron al comedor de la casa, donde Francisca ya los esperaba con la mesa servida.

Mariana disfrutó de la fruta que preparó la abuela, un gran vaso de leche fresca y pan recién horneado. Mientras comía se sorprendió al mirar la loza de barro, los vasos de vidrio grueso con filos azules y la canasta de palma que contenía los deliciosos panes; recordó que en casa de sus padres desayunaba en platos y tazas de color blanco que su madre había comprado en algún supermercado, nada parecido a estos objetos hechos de otra manera, quizá con otros materiales, lo cual los hacía diferentes a los que ella acostumbraba.

Durante el desayuno, Teodoro habló sobre la amistad que tenía con los alfareros —así llaman a las personas que hacen objetos de barro—; contó que, siendo niño, convivió con muchos de ellos en la escuela y supo que sus familias se dedicaban a realizar artesanías desde hacía varias generaciones, y desde entonces aprendieron a trabajar con la arcilla. Tras un rato de escuchar a su abuelo, a la niña le surgieron varias dudas:

—Abuelo, ¿y la alfarería es trabajo de hombres?

—¡Por supuesto que no! —replicó Teodoro. También hay mujeres que se dedican a eso. Ambos tienen la misma capacidad para crear con sus manos cualquier pieza de barro, siempre y cuando conozcan la técnica y tengan un taller para hacerlo.

—¿Un taller? ¿Para qué necesitan un taller?

—Los talleres artesanales son espacios exclusivos para trabajar, muchos se encuentran dentro de las casas de los artesanos o cerca de ellas, son sitios dedicados a esta labor. Pero para que comprendas mejor, termínate tu leche y vayamos de paseo, no perdamos tiempo para regresar a la hora de la comida.

Mientras salían de la casa, Teodoro pensó en visitar a Tomás y su esposa Alejandra, un matrimonio de alfareros con quienes tenía una añeja amistad; seguro que ellos estarían encantados de recibir a la niña y mostrarle los secretos de su trabajo.

Después de caminar algunas calles llegaron a una tienda. Mariana se detuvo en la entrada mientras el abuelo platicaba con una pareja; al mirar al interior de aquel lugar quedó maravillada: había platos, macetas, soles, candelabros, cazuelas, catrinas y, nuevamente, la pieza por la que había iniciado esta aventura: el famoso Árbol de la Vida.

Teodoro la invitó a pasar y la presentó con sus amigos:

—Ésta es mi nieta Marianita. La he traído con ustedes para que conozca el trabajo que realizan los artesanos de Metepec, quienes diariamente reciben a visitantes con mucha alegría.

—¡Pero mira cuánto has crecido! —exclamó Alejandra—. Te conocimos cuando apenas eras una bebé. Bienvenida a nuestro taller, puedes mirar y preguntar todo lo que quieras.

Luego de unos minutos se dirigieron a un cuarto pequeño en el que había una mesa con instrumentos que parecían necesarios para el trabajo de Alejandra; unos costales, algunas piezas colgadas en la pared, entre ellas una con la imagen de Frida Kahlo, y, junto a la mesa, un perro, fiel compañero de sus dueños durante largas jornadas.

—Aquí es donde nosotros trabajamos —comentó la mujer—. Éste es nuestro lugar favorito, donde elaboramos todas las piezas que has observado dentro y fuera del taller. Lo primero que debes saber, Marianita, es que el barro con el que trabajamos aquí se recibe en terrón, una especie de masa compacta de tierra o arcilla, que desmoronamos para trabajar con ella. El barro proviene de unas minas que se ubican cerca de nuestro municipio y se puede encontrar en tres tipos: rojo, negro y amarillo.

En ese instante, Tomás tomó un pedazo para mostrárselo a la pequeña, quien abrió sus grandes ojos por la admiración que le causaba.

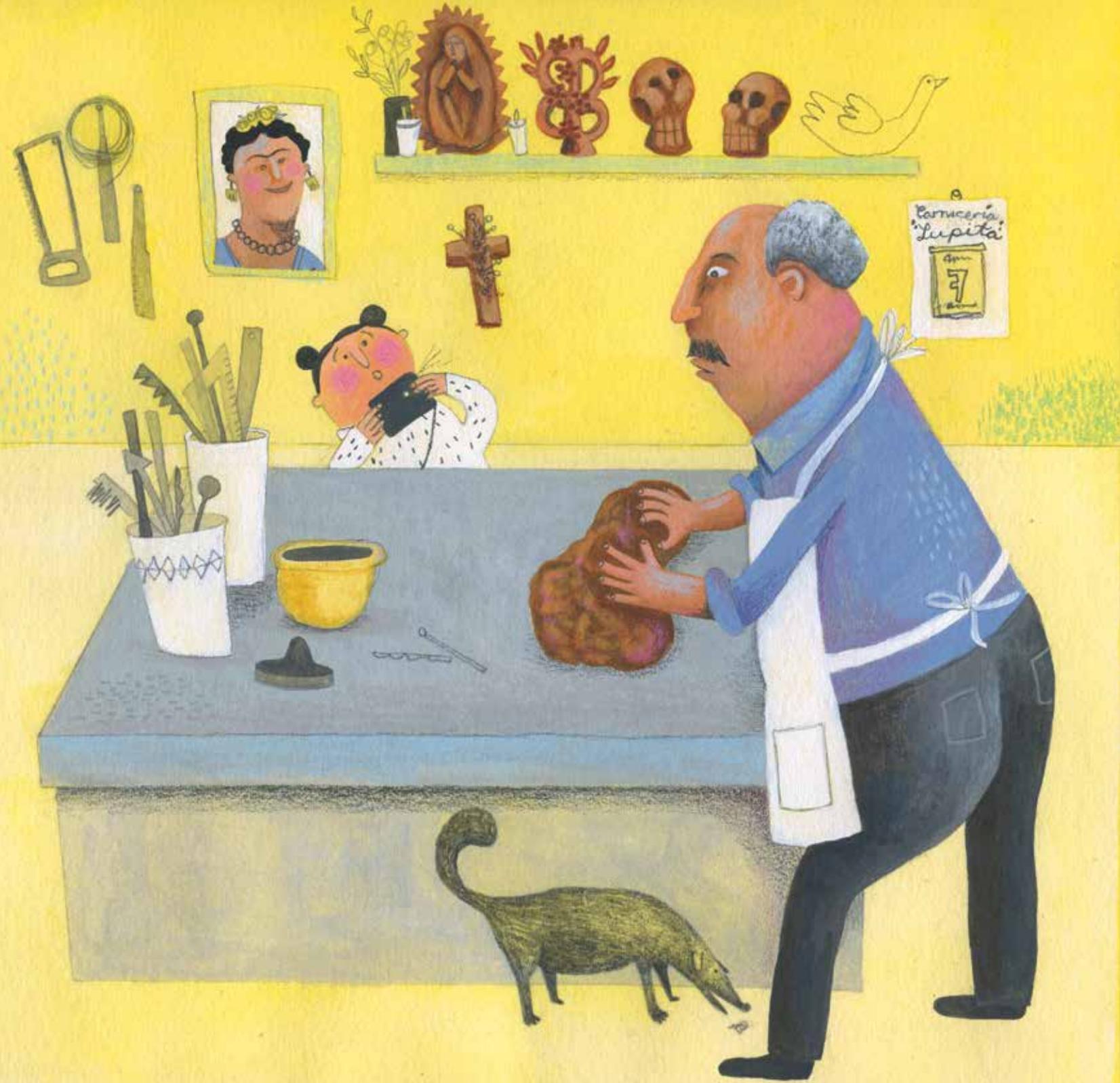
—El barro rojo es muy fino —comentó Alejandra—. Es con el que se elaboran las piezas más pequeñas, todas las miniaturas, porque es el que menos piedritas tiene. Los otros dos tipos de barro son más arenosos y se utilizan cuando se requiere hacer piezas grandes.

—¿Y sólo necesitas una bola de tierra para todo ese trabajo? —preguntó Mariana.

—No, mi niña, es todo un proceso el que se debe seguir para elaborar una pieza de barro; si tú y tu abuelo tienen la paciencia de escucharme, les puedo contar cómo se realiza un Árbol de la Vida.

Mariana se puso cómoda y de inmediato sacó su celular para tomar algunas fotografías de lo que a continuación vería.

—Pues bien, primeramente, el barro debe ser molido y eso se puede hacer de tres formas, la más común es con un gran rodillo de



cemento que se pasa una y otra vez por los terrones de arcilla hasta que se desbaratan; otra es esparcir el barro en la calle, enfrente de los talleres, y esperar a que los autos que circulan por ahí vayan deshaciéndolo. Finalmente, este procedimiento se puede hacer con ayuda de un molino. De cualquier forma, al concluir la molienda se debe cernir la arcilla para quitar las impurezas y dejar sólo la arena más fina.

Mariana escuchaba con mucha atención sin perder ningún detalle, su abuelo Teodoro parecía muy interesado en la puntual explicación.

Doña Alejandra continuó:

—Para comenzar a preparar la arcilla debes juntar un montoncito y acomodarla como si fuera una fuente; poco a poco le agregas agua para que se hidrate y así formar una mezcla que parezca masa. Luego deberás integrar la plumilla, que le dará fuerza.

—¿La plumilla? —preguntó Mariana, imaginando en su cabeza aquellas que recubren los cuerpos de las aves.

—Sí, la plumilla es la flor del tule, que se da en lugares donde hay mucha agua. Esta planta da mayor consistencia al barro, compactándolo para que al moldear las piezas no se rompan antes de hornearlas. El barro con el que trabajamos es muy refractario, es decir, soporta altas temperaturas y choques térmicos, por eso es posible hacer muchas piezas.

—¿Y cómo sabes la cantidad que vas a necesitar para elaborar tus piezas? —preguntó la niña.

—¡No existen medidas específicas, Marianita! La mezcla se hace al tanteo, según lo requiera el artesano.



—¿Y después de la plumilla?

—Se hace una bola de barro que debe dejarse reposar metida en una bolsa de plástico para que tenga más plasticidad, es decir, para que sea más manejable, porque de lo contrario el barro se desmorona.

Alejandra explicó que cuando el barro está listo comienza el amasado. Comentó que las herramientas que emplean los alfareros van desde el palito con que se come un elote hasta los popotes del café, tenedores de plástico, taparrosas, en fin, muchas cosas reutilizables. Continuó diciendo que para elaborar muchas piezas de un mismo modelo se emplean moldes a fin de acelerar la producción, como en el caso de los Árboles de la Vida.

—Se hacen varias hojitas, flores, bolitas y todos los adornos, colocándoles un pequeño alambre por la parte trasera; luego se diseña la base o estructura como si fuera un candelabro para simular el tronco y las ramas; una vez formada esta parte, se inserta en ella pieza por pieza con ayuda de los alambritos y se seca todo al sol para quitar la humedad.

Tomás dijo que cuando se está armando el árbol se deben unir varias piezas; como el barro está fresco se puede utilizar el agua como pegamento, lo cual ayudará a resanar para que no se vean las uniones. También se emplea otro material llamado ceniza —desperdicio de los ranchos que contiene excremento de vacas y hojas de los árboles—.

El horno se llena con las piezas y se calienta, sin olvidar que la temperatura debe subir poco a poco. Luego de tres horas se coloca en las piezas el esmalte o vidrio sin plomo, para luego devolverlas al horno y que se fundan.

—¡Listo! Nuestro Árbol de la Vida está terminado.

—¿Qué te parece, Marianita? —preguntó Teodoro.

—¡Es increíble, abuelo! Yo quiero aprender a hacer Árboles de la Vida para regalárselos a mis papás. ¿Puedo venir otro día? ¡Dime que sí, di que sí!

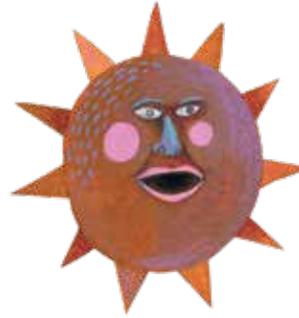
—No desesperes, mi niña, que aquí en Metepec te aguardan más lugares como éste para conocer.

—¿En verdad, abuelo? —dijo Mariana—. Éstas serán las mejores vacaciones que he pasado en toda mi vida.

Mariana y su abuelo se despidieron de los alfareros y agradecieron su atención, llevando consigo algunas piezas como recuerdo. Al llegar a casa, aún con la emoción de su recorrido matutino, la niña le contó a Francisca todo lo que su memoria había almacenado de aquella experiencia. Después de comer, salió a jugar un par de horas en el patio de la casa y, al caer la noche, cansada por las aventuras de la mañana, prefirió dormirse temprano en espera de lo que le depararían los días siguientes.







El alma en la piel

El repique de campanas en la parroquia de San Juan Bautista despertó a Mariana. Aún era muy temprano y la quietud de la casa llamó su atención, pues no era común escuchar aquella calma cuando, cotidianamente, Francisca regaba las plantas del patio principal por las mañanas mientras Teodoro barría en la calle las hojas que caían de los árboles. Al abrir la puerta de su habitación, la pequeña se asomó al pasillo, bajó con lentitud la escalera que conducía a la sala principal y llamó con voz fuerte a sus abuelos.

Luego de inspeccionar varias de las habitaciones, creyó que los adultos habían salido y, en un repentino antojo, se dirigió a la cocina por un poco de leche y pan de amasijo. Mientras caminaba rumbo a la mesa del comedor, distinguió en una puerta entreabierta a un pequeño gato. Recordó que en alguna ocasión Francisca llamó a un minino dentro de la casa; sin embargo, hasta ese momento Mariana no había visto a la mascota.

Como le encantaba jugar con animales no resistió la emoción y de golpe entró en la habitación, que a



simple vista parecía no haber sido abierta en mucho tiempo. Al momento comenzó a recorrer el lugar lleno de ropa, fotografías, libros, un espejo y muchas cosas más. Ante tal descubrimiento se olvidó por completo del gato y, llena de curiosidad, tocó la mayoría de los objetos hasta detenerse en un polvoso baúl que contenía cosas personales de la abuela, entre las cuales llamó su atención una vieja libreta.

Al levantarla vio que estaba bellamente decorada con una flor y las siluetas de dos personas, una luna y, debajo, las letras “F” y “T” que coincidían con las iniciales de los nombres de los abuelos. Lo curioso es que a pesar de la humedad del lugar y el olvido de los objetos, el material con que estaba elaborada se sentía suave y resistente al tacto. De pronto, los gritos de la abuela Francisca, que había regresado de misa, la sobresaltaron.

—¡Marianita, hija!

—Estoy por acá, abuelita, en un cuarto que tiene varios tiliches.

—¿Qué haces ahí, niña traviesa? —preguntó mientras se dirigía a la habitación.

—Abuela, nunca había visto este cuarto, mira lo que encontré: una libreta hermosa.

—¡Oh, ya ni me acordaba de ella! Me la regaló tu abuelo hace muchos años, en uno de nuestros aniversarios de boda.

—¿De qué material es, abuela?

—Es de cuero, mi niña.

—¿Cuero? —preguntó Mariana, al tiempo que la observaba por todos lados.

—Creo que no entiendes lo que es el cuero, ¿verdad?



—comentó Teodoro—. Le tendrás que explicar mejor a tu nieta o habrá que llevarla con Javier, que fue quien me vendió ese cuaderno —le dijo a la abuela.

—Buena idea, Teodoro, así visitará la niña otro taller artesanal de los que hay en Metepec.

—¿Conoceré a otro artesano? —preguntó Mariana entusiasmada.

—Así es, pero primero vamos a desayunar; después saldremos para que conozcas a la persona que hace artículos de cuero.

Al terminar el desayuno, los abuelos y Mariana subieron al auto para dirigirse al taller de Javier, talabartero con muchos años de experiencia en la región. En el camino le explicaron que la talabartería es un arte milenario que consiste en la elaboración de artículos de cuero o piel de los animales, que se caracterizan por ser muy resistentes y flexibles.

Anduvieron unos minutos hasta llegar a la carretera que va hacia Tenango del Valle; el abuelo se detuvo en el taller de Javier. Al descender del vehículo, Mariana observó el lugar, que no se parecía en nada al taller alfarero: era muy peculiar, parecía una casita de brujas con el techo a dos aguas cubierto por follaje; destacaban las gruesas ramas de los árboles que la rodeaban y muchas flores de colores. La casa estaba hecha de madera, decorada por afuera con aquellos soles que había visto en el taller de barro; había tantas plantas que parecía estar en medio del bosque; en el techo del pórtico colgaban numerosos objetos producto de años de trabajo del artesano. Al escuchar el sonido del coche salió Javier, quien se mostró sorprendido al ver a Teodoro y Francisca, pues hacía varios años que no se frecuentaban.

—¡Amigos míos! Cuánto tiempo sin verlos —exclamó Javier—. Con tantas canas que tienen ya ni los reconocía.



Al ver que no venían solos preguntó quién era la niña. Francisca respondió que era su única nieta y estaba de visita por algunos días. Javier los invitó a pasar.

Ya dentro apreciaron un sinnúmero de piezas hechas con el material que tanto le había gustado a la pequeña; sobresalían en las paredes un gran sol regordete con cachetes inflados, una imagen de la virgen de Guadalupe y un gran yugo para caballo. Teodoro le comentó a su amigo:

—Hemos venido para que le hagas a mi nieta una libreta como aquella que le regalé a Francisca hace algunos años.

—¡Ah, ya recuerdo! La que personalizamos con las iniciales de sus nombres. Con mucho gusto haré una libreta especial para tu nieta —dijo Javier.

Mientras los invitaba a sentarse tomó de un rincón la vaqueta —trozo de cuero de vaca, toro o becerro que utilizaba para trabajar—. Al ver el material, Mariana preguntó muy sorprendida:

—¿De dónde sacaste eso?

—Ésta es la piel curtida de los animales, con ella fabrico todo lo que ves aquí.

—¿Y cómo es que la piel del animal se convierte en cuero?

—Ahora te lo explico. Pónganse cómodos mientras busco mis herramientas. Tratar la piel de un animal es muy delicado —dijo el talabartero— y se hace con diversos procedimientos, aplicando varias sustancias vegetales y minerales para volverla flexible y que no se descomponga antes de convertirse en cuero. Es muy importante retirar la carne y la grasa de



la piel con un cuchillo —este proceso es conocido como raspado—, para evitar que se pudra.

Mientras Javier hablaba sobre el procedimiento, hizo varios cortes para ir diseñando poco a poco la libreta; explicó que trabajaba con dos tipos de piel: el cascalote, de tono café claro, y la mimosa, más oscura. Dijo que un buen talabartero sabe identificar qué parte del animal sirve para elaborar artesanías de buena calidad, y que su oficio lo había aprendido de su padre, a quien le estaba muy agradecido por transmitirle sus conocimientos.

—Con el tiempo adquirí mayor práctica —dijo Javier—, aprendí a diferenciar las características del material; por ejemplo, para hacer una flor con sus hojas o el rostro de alguna persona no se puede utilizar el lomo de un animal, ya que es una parte muy dura y difícil de manipular.

En ese momento sacó un cuchillo grande y afilado, así como varios lápices, un compás de metal, un punzón y una perforadora que colocó sobre su mesa de trabajo. Dibujó en el cuero varios pétalos y luego comenzó a recortarlos. Indicó que algunas herramientas eran elaboradas por cada talabartero; él, por ejemplo, utilizaba desde un pedazo de varilla hasta un cincel y otros fierros, con los cuales hacía los diferentes adornos que colocaba en sus artesanías.

Cuando terminó de cortar, tomó la medida de un block de hojas y trazó sobre una vaqueta más grande las que serían las pastas del cuaderno; después cosió los bordes y perforó las cubiertas para sujetar las hojas con un hilo grueso. Finalmente, pegó los adornos en el forro y con ayuda de una navaja grabó el nombre de Mariana debajo de las flores.

Mientras Javier ajustaba los últimos detalles de su obra, los visitantes recorrían el taller observando las piezas expuestas,



entre ellas un hermoso nacimiento que, según anécdotas del talabartero, era muy especial porque había participado en un concurso en el que recibió muy buenas críticas y puso en alto el trabajo del cuero en la región de Metepec. Por fin quedó lista la libreta, Javier se la entregó a Mariana y le dijo, seguro de sí mismo, que si lo visitaba dentro de veinte años aún la traería consigo.

Los abuelos le agradecieron a Javier el tiempo que les había dedicado y lo felicitaron por el extraordinario trabajo que a pesar de los años seguía realizando; abordaron su coche y partieron rumbo a casa, llevándose consigo un trozo del alma del artesano.







Las fiestas del papel

El ambiente en el Pueblo Mágico de Metepec siempre es muy agradable, sobre todo cuando son días de fiesta. La gente no disimula el gusto que le da conservar sus tradiciones religiosas, que aún tienen elementos de la época prehispánica junto con las enseñanzas de los frailes franciscanos venidos con los españoles.

Afuera de la casa de los abuelos se advertía que era un día especial, aunque Mariana no sabía exactamente por qué; llevaba algunos minutos observando desde el balcón a los vecinos que iban de un lado a otro para celebrar algo. Se escuchaba desde su habitación el sonido de los cohetes que con estruendo anunciaban el inicio de alguna fiesta. Cuando bajó a desayunar notó que dentro de la casa se vivía el mismo ambiente de la calle; la abuela preparaba comida desde muy temprano y el abuelo se alistaba para salir, por lo que preguntó:

—Abuelo, ¿a dónde vas con tanta prisa?

—Mi niña, se acercan días de fiesta, tengo que recoger un pedido de papel picado para adornar nuestra capilla.

—¿Papel picado? ¿Qué es el papel picado?

—Hijita, ahora no hay tiempo de explicarte, pero si me acompañas sabrás de lo que hablo.



Mariana subió apresuradamente a vestirse y partió con su abuelo. Mientras caminaban, Teodoro le platicó que esa semana se celebraría a san Miguel Arcángel —patrono del barrio, también conocido como protector de la Iglesia— y por esa razón había tanta algarabía en las calles, pues era una de las fiestas principales del municipio.

Mariana nunca había asistido a una celebración de ese tipo y le pareció muy interesante conocer los preparativos. El abuelo le explicó que la fiesta duraba toda la semana y había personas a las que se les llamaba mayordomos, encargadas de vigilar que todo saliera bien. En la festividad, detalló Teodoro, se realizaban misas y rosarios en honor a san Miguel, con danzantes, quema de castillos y carros alegóricos; también se ofrecía comida a los visitantes.

De pronto llegaron al taller de Martín, que estaba trabajando a marchas forzadas debido a la proximidad de la fiesta. Aquella casa que a simple vista no le resultó interesante a la niña, más que nada por ubicarse al fondo del callejón de la Luna, se volvió un mosaico multicolor en cuanto se abrió la puerta.

Teodoro saludó a Martín, quien le pidió dar el visto bueno al pedido de papel picado que había encargado con anterioridad. El joven sacó una caja con papeles unidos con hilo blanco, listos para colgar; eran rectángulos con imágenes del santo y otros con aves, flores, muñecas, toros, palomas, estrellas y figuras geométricas.

—Con estos papeles la capilla se verá hermosa —afirmó Teodoro.

En ese momento Mariana se animó a preguntar:

—¿Cómo haces esas imágenes tan lindas en un trozo de papel?

—Es una técnica que llevo muchos años practicando; me la enseñó mi papá. Consiste en grabar imágenes sobre el papel o plástico con cinceles, por eso es conocida como “cincelado.”





—¿Puedes explicarme un poco más?

—Por supuesto, nena.

Teodoro dejó que su nieta resolviera todas sus dudas al ver que estaba tan interesada. Martín colocó sobre su mesa de trabajo un pedazo de madera que le serviría como base para realizar los cortes. El primer paso fue marcar la silueta de una flor sobre un trozo de plástico —también se utiliza un papel brillante llamado spectra—, luego colocó el boceto encima de un paquete de papel china y lo clavó en sus cuatro extremos. Sacó de un cajón cinceles de todos los tamaños y buscó un martillo para comenzar a golpear. Con la fuerza de los golpes, las múltiples capas de papel se van cortando, dejando ver la imagen de la flor en cada una de las hojas y, de acuerdo con el ángulo de inclinación de la punta del cincel, las líneas trazadas se volvían curvas o rectas; así formó el tallo, los pétalos y las hojas. Luego realizó una cenefa de cuadritos y la completó con una adornada orilla.

Martín le dijo a Mariana que en Metepec había muchas celebraciones y que según el motivo de dichas fiestas se realizaban los dibujos que llevaría el papel. En el transcurso del año se diseñaban adornos para Semana Santa, Día de Muertos, san Isidro Labrador, san Juan Bautista y muchos más santos de la Iglesia católica, sin olvidar los encargos para las fiestas de los vecinos, tales como quince años, bodas, bautizos y cumpleaños.

Teodoro comentó que el papel picado hecho en Metepec es reconocido mundialmente, ya que artesanos como Martín han expuesto su trabajo en diferentes países de Europa, e incluso han enseñado la técnica del cincelado mexicano a otras personas. Agregó que existen dos técnicas más: corte con tijera y corte con cúter; la primera, utilizada

por los españoles, tiene sus orígenes en Oriente, y la segunda surgió con la evolución de la navaja.

Ese fin de semana, Mariana fue testigo de la solemnidad con que se celebran las fiestas patronales en Metepec, pero, sobre todo, de los coloridos adornos con que se vistieron las calles, los fuegos artificiales y la tradicional kermés y verbena popular; también aprovechó para subirse a los juegos mecánicos y degustar uno de los ricos postres que venden afuera del atrio de la capilla. Todo fue diversión y alegría, una experiencia única que la gran ciudad de donde era originaria no le ofrecería.







Cristales de ensueño

Los lunes en Metepec son maravillosos porque se instala en las calles centrales el tianguis, uno de los más antiguos y tradicionales de todo el Valle de Toluca. En este mercado es posible encontrar una gran variedad de productos, entre los que destacan fruta, verdura, flores y plantas de ornato, embutidos, semillas, canastas, cazuelas, comales, ropa, zapatos, comida preparada... en fin, un sinnúmero de artículos propios de la región.

Esa tarde los abuelos de Mariana habían salido a comprar todo lo necesario para preparar un delicioso taco de plaza —platillo preferido por los metepequenses y típico de la zona—; la pequeña, luego de pasar algunas horas sola, estaba aburrída y decidió entretenerse inventando un juego que simulaba el vuelo de las aves, por lo que extendió sus manos y corrió por las habitaciones de la casa azotando las puertas y pasando cerca de ciertos muebles. De pronto chocó con una estantería de madera en donde la abuela Francisca exhibía varios objetos de vidrio. Mariana, un poco asustada, revisó si todo estaba en orden y descubrió que uno de los adornos de Francisca se había caído y, debido al golpe que recibió contra el piso, estaba roto. Se trataba de una mariposa hecha con cristales de colores que ahora



tenía las alas rotas. Media hora después los abuelos regresaron a casa y encontraron a Mariana sentada en un sillón un tanto nerviosa, por lo que le preguntaron:

—Hijita, ¿qué fue lo que pasó?

—Abuelita, creo que mientras no estaban me porté mal. Estaba corriendo por toda la casa y sin querer tiré algo que creo es muy valioso para ti.

—A ver, muéstrame.

De entre las manos Mariana sacó los pedazos de la mariposa al tiempo que un sentimiento de culpa la embargó, provocando que se pusiera a llorar. La abuela, un poco molesta, intentó tranquilizarla, sin entender que después de un par de horas sin supervisión era lógico que la pequeña cometiera alguna travesura. Francisca recogió los restos de vidrio y pidió a Mariana subir a su habitación. El abuelo Teodoro, que había sido testigo de lo ocurrido, pidió a la abuela mantener la calma, prometiéndole que arreglaría las cosas.

Teodoro encontró a Mariana sollozando en su cama, la abrazó y le explicó que la mariposa rota tenía un significado muy especial para la abuela, pues era un regalo que le había hecho su hermana, fallecida años atrás.

—Abuelito, yo no quería romperla, me siento muy mal por la abuela y sé que está muy triste y enfadada conmigo. ¿Crees que haya forma de arreglarla?

—Por supuesto, mi querida niña, o al menos encontraremos la manera de que la abuela ya no esté triste. Déjame hacer una llamada y enseguida vuelvo.

El abuelo bajó las escaleras y buscó en su agenda el teléfono de Bernabé. Segundos más tarde regresó por su nieta y le pidió que lo

acompañara a dar un paseo por el pueblo para, de paso, resolver el problema de la pieza rota. Salieron de la casa, pasaron a comprar un helado y luego se dirigieron al taller de Bernabé —conocido artesano que introdujo el arte del vitralismo y el vidrio soplado en el Valle de Toluca hace más de cincuenta años—. Al llegar, saludaron al maestro con mucho respeto y le explicaron que buscaban una mariposa de vidrio, por lo que el artesano los invitó al interior del taller mientras buscaba la pieza solicitada.



En tanto, Teodoro y Mariana se entretuvieron mirando la gran cantidad de objetos de vidrio que había a su alrededor: copas, vasos, floreros, lámparas, fruteros y jarras, todo de varios tamaños y colores. La curiosidad se apoderó de ambos visitantes y Teodoro le preguntó a Bernabé cómo elaboraba esas maravillas. El maestro comentó que justo en ese momento él y sus trabajadores estaban por comenzar el proceso de producción, y que si tenían tiempo podía responder sus dudas con todo detalle. Teodoro y Mariana se miraron a los ojos y asintieron con la cabeza mientras caminaban detrás del artesano.

—En primer lugar, deben saber que hay dos formas de trabajar el vidrio: la técnica del vitral y el vidrio soplado, ambas muy importantes para esta actividad —explicó Bernabé—; para construir un vitral es necesario saber el tema del que va a tratar y tener claras sus dimensiones, es decir, las medidas exactas. Después se realiza el diseño o dibujo sobre papel kraft; este diseño, al cual llamamos boceto, representa el tamaño real de la obra. Luego resaltamos las líneas que conforman las figuras del boceto y que darán un efecto de rompecabezas. Enseguida procedemos a seleccionar los colores de los vidrios, que pueden ser traslúcidos u opacos, según el dibujo; estos cristales son delgados y se

manipulan con facilidad. No debemos olvidar que trabajar con vidrio requiere de mucha precisión y cuidado.

Mariana y su abuelo estaban muy atentos a la explicación. El maestro Bernabé continuó:

—Para realizar los cortes se emplean herramientas muy filosas que tienen unas navajas especiales capaces de marcar la capa superior del cristal hasta dejarlo frágil, luego se quita el filo de los bordes con una piedra de esmeril. Cuando ya están cortadas las piezas, se unen con soldadura de estaño, esta que parece alambre —dijo, levantando un trozo—, la cual se funde con ayuda de un cautín eléctrico.

—No entiendo... ¿Qué es el estaño y el cautín? —preguntó Mariana.

—El estaño es un metal que se funde con facilidad y resiste las inclemencias del tiempo; en la elaboración de esta artesanía funciona como pegamento para unir los pedazos de cristal. Un cautín es una herramienta con punta de cobre que al calentarse es capaz de fundir el estaño y sirve para soldar el vitral, es decir, mantenerlo fijo.

—¡Qué interesante! —exclamó Mariana, mientras observaba las herramientas.

—El vitral se sella con aceites y cemento gris para evitar que cuando esté colocado se filtre el agua. Para finalizar, se refuerza el vitral con alambre para mantenerlo rígido.

Bernabé les mostró algunas imágenes de las obras que había creado a lo largo de todos sus años de trabajo, y extendió sobre su mesa el boceto de unos hermosos caballos galopando.

Después llevó a abuelo y nieta a otra parte de su taller, donde tenía los objetos de vidrio soplado. El artesano comenzó su explicación comentando que el primer paso para crear una pieza era reciclar el cristal que utilizamos a diario, como las botellas de refresco, que, cuando

llegan al taller, son lavadas a la perfección para quitarles toda la basura que contengan: pedazos de plástico, etiquetas y demás impurezas. Mariana estaba muy emocionada, pues a pesar de la mala suerte por la que había llegado ahí, la explicación del artesano estaba resultando muy interesante; nunca había imaginado que con el vidrio de las botellas que mucha gente tira a la basura se podían crear cosas tan bellas.

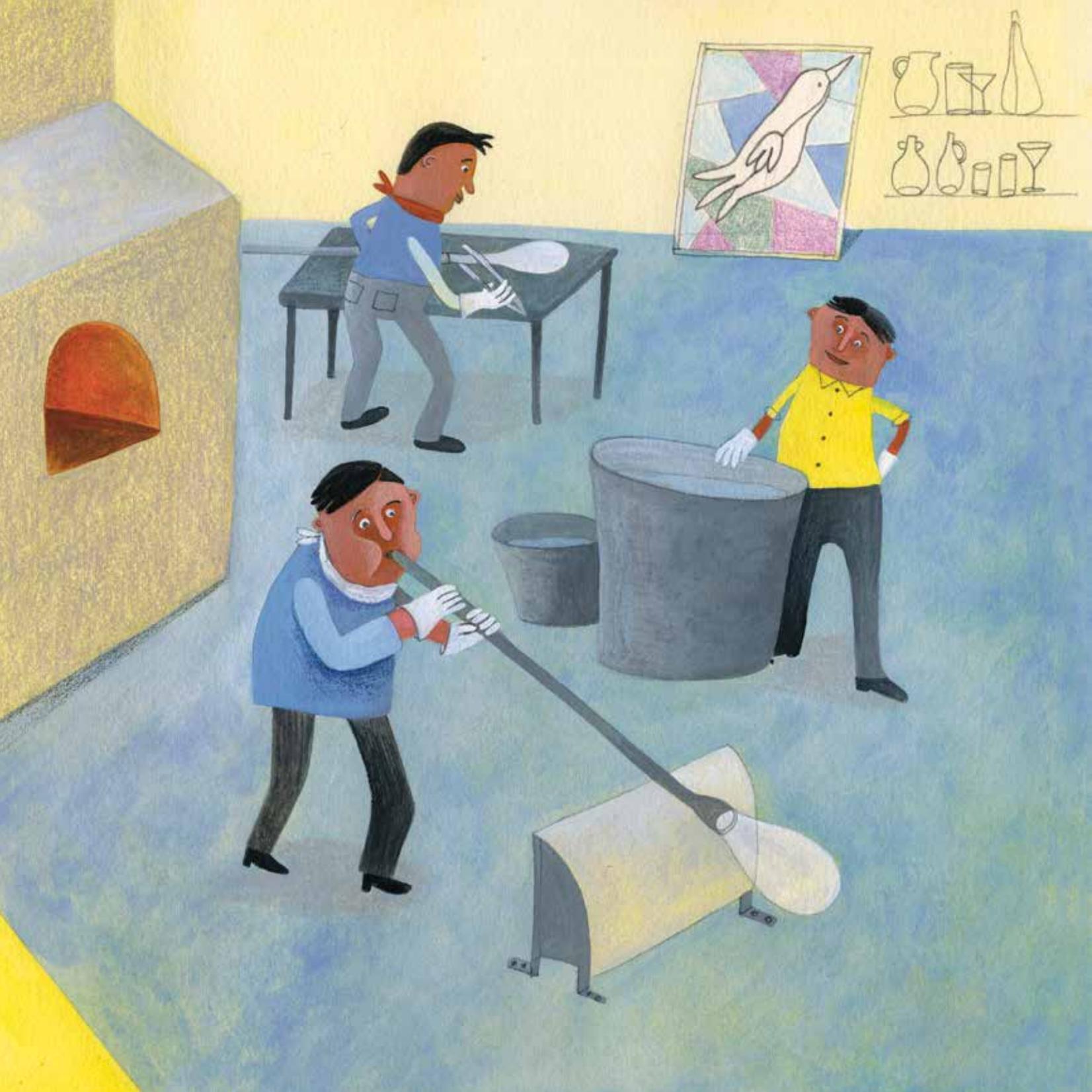
Bernabé dijo que las botellas se tenían que romper en pedacitos para meterlas al horno, el cual debe encenderse dos días antes para así alcanzar una temperatura de imil seiscientos grados centígrados! Cuando el horno está listo se empieza a meter el vidrio poco a poco, hasta llenar una tina que está en la parte baja.

—Pasen por acá y observen con detenimiento —pidió Bernabé—. El horno tiene tres bocas o aberturas, en una está el quemador y en las laterales es por donde el soplador, con ayuda de una caña, saca el vidrio fundido. La caña se gira lentamente para que el material se adhiera, al tiempo que se calcula la cantidad necesaria para cada pieza.

—¿Y cómo hacen la forma de las jarras, los vasos o alguna lámpara? —preguntó Mariana.

—¡Buena pregunta, mi niña! Las cañas son tubos que no tienen uniones, si ya tomaste un poco de vidrio derretido sólo tienes que soplar y soplar por el otro lado para que se infle el cristal como si fuera un globo, y vas dando forma a la jarra o lámpara hasta que poco a poco se empieza a endurecer. No importa que te salga chueca, si la pieza no te gusta, la vuelves a calentar hasta que quede como tú quieras.

Continuó diciéndoles que es necesario tener listos dos hornos más a temperatura templada para introducir las piezas ya formadas, a fin de evitar que se rompan con el choque de la temperatura del ambiente.



—Después de ir bajando poco a poco los grados centígrados, cuando el vidrio ya está tibio lo puedes tomar con las manos para empacarlo —remató el maestro.

—¿Y cómo es posible que el vidrio tenga colores tan brillantes? —preguntó Teodoro.

—Para eso utilizamos óxidos metálicos. Si quieres crear una mariposa azul como la que buscan, se emplea óxido de cobalto; para el violeta, dióxido de manganeso; para el azul turquesa, sulfato de cobre y para el rojo, naranja y amarillo se ocupa el selenio. Para los colores considerados “raros” se usa el uranio o nitrato de plata e incluso sales de oro.

Para concluir, Bernabé les recordó a sus visitantes que en este trabajo nunca se deben meter las manos sin protección, debido a lo caliente del vidrio fundido, por ello se emplean unos bancos donde se apoya la caña y así se evita el contacto con el material. También es importante utilizar una placa de acero para hacer las formas planas. El artesano presentó a sus colaboradores: dos sopladores, un postero y el hornero, quienes trabajan siempre de manera sincronizada y en equipo.

El maestro Bernabé encontró en su taller una mariposa muy parecida a la que Mariana había roto, lo cual le dio mucha felicidad. Luego de agradecer la visita, nieta y abuelo salieron y caminaron de vuelta a casa. Al llegar, Mariana corrió a los brazos de Francisca y le ofreció una disculpa por lo sucedido, al tiempo que le mostraba la nueva mariposa; sabía que, aunque no era la misma pieza, también encerraba un significado muy especial, pues gracias al accidente ocurrido había aprendido una nueva lección de vida.







Tejer con el corazón

Un día antes de partir de Metepec, Mariana dedicó la tarde a escribir en su diario todas las aventuras que había vivido, pues faltaba poco para reunirse de nuevo con sus padres y no quería olvidar ningún detalle de lo que les contaría en el camino de regreso. Seguro le platicaría a su mamá lo mucho que le había gustado conocer al matrimonio integrado por Tomás y Alejandra; también le mostraría a su papá la libreta que Javier elaboró especialmente para ella y que tenía su nombre en la portada; no faltaría la anécdota de la mariposa que por descuido había roto, pero que por fortuna repuso Bernabé, ni olvidaría los alegres días de fiestas patronales. Todas estas historias requerirían de mucho tiempo para escribirlas, y en eso estaba cuando la abuela, al percatarse de que su nieta no hacía ningún ruido, tocó la puerta de su habitación:

—Hija, ¿qué haces?

—Escribo en mi diario, abuelita. Contaré a mamá y papá lo bonito que ha sido regresar a Metepec, vivir con ustedes todas las cosas lindas que he conocido aquí, porque no quiero olvidar nada.

—Estoy segura de que les encantará escucharte, hija, pero ya es tarde, es necesario que descanses bien porque mañana será tu viaje de regreso y no olvides que muy temprano haremos un último recorrido



por el centro para que conozcas el exconvento de San Juan Bautista y el Museo del Barro.

—Está bien, abuelita, al fin que ya terminé. ¿Podrías apagar la luz de la lámpara, por favor?

Francisca le dio un beso en la frente a la niña, verificó que su maleta estuviera lista para el día siguiente y, sin hacer ruido, salió de la habitación. En la mañana, luego del desayuno, el abuelo acudió a una revisión médica que le impidió acompañar a su esposa y a su nieta, así que ellas se dirigieron al convento. Francisca le platicó a la pequeña que en ese lugar se había realizado la evangelización de los indios nativos del Valle de Toluca durante la conquista española; le explicó también cada una de las salas que rodean los claustros alto y bajo, así como las pinturas murales que aún se conservan dentro del edificio.

Luego visitaron el Museo del Barro, la galería más importante del municipio, donde se exhiben las piezas que han ganado certámenes de alfarería a nivel nacional; aprovecharon para conocer la cazuela más grande del mundo, según el Récord Guinness de 2014, y los retablos hechos en honor a san Isidro Labrador, el santo más querido por el pueblo.

Para descansar un poco de la caminata matutina, buscaron una banca en la Plaza Juárez, cerca de la fuente de la Tlanchana —diosa prehispánica con forma de sirena—; de pronto, mientras la abuela le acomodaba el cabello a Mariana, otra niña se acercó a ofrecer unos productos que llevaba dentro de una canasta. Francisca no resistió la curiosidad y comenzó a ver qué era aquello que la pequeña les ofrecía con gran insistencia:

—Mire, señora, traigo muchas cosas bonitas para su nena —dijo la pequeña vendedora, al tiempo que les mostraba un par de aretes color morado con forma de huaraches en miniatura.

—A ver, acércate, Mariana, éstos se te verán muy lindos. ¿Tú los haces? —le preguntó Francisca a la niña.

—No, sólo le ayudo a mi tío a vender sus artesanías.

—¿Y cómo es que puede hacer unos huaraches tan pequeños?

—Yo apenas estoy aprendiendo, pero si quiere las puedo llevar al taller donde está mi tío y ahí verán muchas piezas más.

—¿Me llevas, abuelita? Ándale, es mi último día aquí y quiero ver qué más regalos puedo darles a mis papás —pidió Mariana.

La abuela asintió con la cabeza y le pidió a la vendedora que les indicara a dónde tenían que ir. Caminaron algunas cuadras, muy cerca de la capilla del Espíritu Santo, hasta que de entre muchos locales de artesanías destacó uno que en la entrada tenía canastos, fruteros, tortilleros, cajitas, tapetes, manteles, todos tejidos con lo que parecían fibras vegetales. Con un fuerte grito, la vendedora llamó a su tío y le anunció que saliera pronto para atender a las visitas.

—Bienvenidas. ¿En qué les puedo servir? —dijo muy amablemente el señor.

—Esta pequeñita nos ofreció conocer su tienda y la acompañamos para ver sus productos... ¡Pero mire qué bellas artesanías vende usted!

—No sólo las vendo, yo mismo he tejido todo lo que ven ustedes aquí, ésta es mi tienda y taller. Mi nombre es Porfirio, mucho gusto en conocerlas.

El señor extendió su mano mientras preguntaba a las visitantes de dónde eran originarias. Francisca comentó que vivía en Metepec y su nieta estaba de visita. Pronto la plática de adultos se tornó sin importancia para Mariana, que se metió en la tienda para curiosarse, pues era lógico que le llamara la atención saber cómo se hacían todos esos artículos. La sobrina de Porfirio se retiró para continuar ofreciendo sus



aretas mientras su tío hacía labor de venta con Francisca; Mariana no se decidía por qué color de canasta compraría para su mamá, así que le pidió consejo a su abuela.

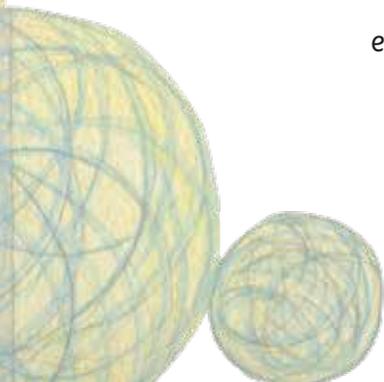
Mientras Porfirio dejaba que las mujeres escogieran su mercancía, volvió al interior de su tienda, tomó una pequeña canasta inconclusa y comenzó a tejer con mucha concentración.

—¡Mira, abuelita! El señor está tejiendo una canasta —dijo Mariana al percatarse del trabajo de Porfirio.

—Acérquense, les voy a decir cómo se hace la cestería.

Porfirio comenzó explicándoles que la cestería tiene orígenes prehispánicos y consiste en enrollar o trenzar las fibras vegetales. Además, dijo, existen diferentes técnicas para realizar las piezas, pero en el Valle de Toluca la que predomina es el “empalmado con punto”. Prosiguió diciendo que las hojas son naturales y se compran cuando aún están crudas o semiverdes, por lo que se tienen que someter a un proceso de cocimiento. Este primer paso es llamado “horneado”, y para lograrlo se debe mojar la palma verde e introducirla en un horno junto con una cazuela que contenga agua mezclada con azufre; debido al calor, el líquido se evapora y circula por todos lados, así la palma se deshidrata y blanquea. Al día siguiente, luego de ventilar un rato el horno, se rajan todas las hojas con ayuda de una aguja y se retiran las orillas para que quede sólo la pulpa. Ya listos los cortes, se separan por tamaño para que cuando se pinten se pueda elegir el correcto.

Porfirio continuaba el relato y no dejaba de tejer su canasta, en su voz se percibía el cariño que tenía por su trabajo y la felicidad que le daba transmitir todo su conocimiento a quienes lo visitaban. El hombre dijo que para realizar su labor no necesitaba más instrumentos que sus propias manos.



Por eso era importante quitar todos los extremos de la palma para evitar las cortaduras.

Enseguida comienza el “desmenuzado”, que consiste en despegar una palma de otra para que cuando se pinten el color sea uniforme. Luego se procede al teñido, que se puede hacer de dos formas: en la primera se pone a hervir agua, se coloca la pintura de anilina y al mismo tiempo se agrega sal de mar o vinagre, que actúa como fijador para tener mejor absorción. Este proceso dura más o menos de tres a cinco minutos. La palma debe voltearse constantemente para que no se cueza y debe secarse en la sombra para que no pierda el color; después se enreda en un trapo de lana para conservar la humedad.

En la segunda forma se utiliza un brasero con carbón o leña para hervir un poco de agua, se vierten dos cucharadas de anilina y se sumergen las hojas durante unos minutos, luego se tienden en la sombra para que se sequen por completo.

—Después del teñido y del secado se selecciona la cantidad de hojas que se van a ocupar, se humedecen y se ponen en un plástico, trapo o franela enrollado para que se mantengan húmedas y se puedan tejer. Es necesario que al momento de ir tejiendo se humedezcan porque incluso el calor corporal las seca. Al iniciar el tejido se debe cortar la punta en diagonal para que entre la hoja, tal como lo estoy haciendo en este momento —dijo Porfirio.

Mariana no podía disimular su cara de asombro al ver cómo Porfirio seguía tejiendo la canasta. Francisca sugirió a su nieta apurarse a comprar algunas piezas y regresar a casa. Agradecieron a Porfirio la explicación que les había dado sobre su trabajo y salieron del lugar.

Mariana esperó impaciente a sus padres en casa de los abuelos. A diferencia del inicio de las vacaciones, no tenía prisa por llegar a casa,

sino por mostrarles, con las fotos de su celular y los productos que había adquirido, la grandeza de los artesanos de Metepec. Finalmente la hora llegó, el ruido del motor de un auto afuera de la casa fue la señal de que la espera había terminado. Los padres de Mariana descendieron del carro y ella corrió a abrazarlos:

—Mi niña, ¿cómo has estado?

—Muy bien, mamá, aquí todo es muy lindo.

—Me da gusto escuchar eso a pesar de que no estabas muy contenta con la idea de venir.

—Ya no es así, mamá, conocí gente extraordinaria.

—¿Ah, sí? ¿Y a quién conociste? —la mamá de Mariana estaba realmente sorprendida de encontrar a su hija tan feliz.

—Conocí a los artesanos y artesanas de Metepec. ¡Todos trabajan con las manos, mamá!

En un instante la niña mostró a sus padres las fotos que había tomado en los talleres y también los objetos que había adquirido al conocerlos. A los papás de Mariana les asombró mucho que en tan pocos días su hija hubiera conocido tantas cosas, y, sobre todo, que ya supiera bastante del arte popular de Metepec.

La despedida llegó. Mariana abrazó a sus abuelos y prometió regresar en las vacaciones para disfrutar nuevamente del Pueblo Mágico de Metepec.



Glosario

Algarabía: ruido producido por voces alegres y festivas.

Amasijo: masa de harina.

Anafre: hornillo de barro o metal que contiene brasas y es empleado para calentar utensilios o alimentos.

Anilina: compuesto orgánico utilizado para fabricar colorantes.

Balde: recipiente de forma cilíndrica y con un asa en el borde superior para agarrarlo.

Boceto: estudio o ensayo en el que se trazan las líneas generales de una obra.

Brasero: recipiente de metal poco profundo, provisto en el centro de un foco de calor usado para calentar un espacio.

Cachivache: objeto de poco valor.

Candelabro: soporte para las velas, de dos o más brazos.

Carbón: sustancia sólida, ligera, negra y combustible que resulta de la combustión incompleta de la leña o de otros cuerpos orgánicos.

Cautín: herramienta eléctrica muy sencilla que genera el calor suficiente para derretir una barra de metal.

Cazuela: recipiente, por lo común de barro, empleado para cocinar.

Cenefa: banda con dibujos repetidos que se coloca como adorno a lo largo de una pared u otro objeto.

Cernir: colar o depurar un material para reducirlo a polvo.

Cinzel: barra de acero con un extremo acabado en un filo en forma de cuña.

Cúter: cuchilla recambiable que se guarda dentro de su propio mango y sirve para cortar diversos materiales.

Embutido: tripa rellena con carne picada, generalmente de cerdo, y otros ingredientes.

Esmiril: herramienta para pulir metales y piedras preciosas.

Estaño: metal que se emplea en soldaduras y para recubrir otros metales.

Fundir: convertir una sustancia sólida en líquida por la acción del calor.

Hermético: que cierra perfectamente de modo que no deja pasar el aire ni el líquido.

Hornero: persona encargada de realizar su trabajo en un horno.

Lana: pelo que cubre el cuerpo de algunos mamíferos herbívoros, como la oveja y el carnero, y se utiliza para fabricar prendas.

Leña: troncos, ramas y trozos de madera utilizados para hacer fuego.

Nitrato de plata: sal inorgánica.

Ornato: adorno o conjunto de adornos que embellecen algo.

Óxido metálico: compuesto que resulta de la combinación de un metal con el oxígeno.

Óxido de cobalto: elemento inorgánico utilizado para dar color azul al vidrio.

Óxido de manganeso: sustancia inorgánica usada para dar color verde al vidrio.

Paila: vasija de metal que permite calentar el agua.

Papel kraft: papel resistente de color café, realizado con la pulpa de la madera.

Papel spectra: papel de colores metálicos muy llamativos.

Punzón: instrumento para hacer agujeros que consiste en una barra metálica fina y puntiaguda.

Reciclar: someter materiales usados o desperdicios a un proceso de transformación o aprovechamiento para que puedan ser utilizados de nuevo.

Resanar: tapar los huecos.

Selenio: elemento químico de color gris brillante que se emplea en la fabricación de vidrio por ser buen conductor de electricidad.

Sulfato de cobre: compuesto químico derivado del cobre que forma cristales azules.

Tiliches: objeto de poco valor.

Traslúcido: que deja pasar la luz, pero no permite ver con nitidez a través de su masa.

Uranio: elemento químico de color blanco que se encuentra en ciertos tipos de roca.

Vinagre: líquido de sabor agrio y olor fuerte, rojo o amarillento.

Índice

Y TÚ, ¿QUÉ SABES HACER CON TUS MANOS?	9
LA MAGIA DE UN PUEBLO ARTESANO	10
<i>Un viaje no tan esperado</i>	13
<i>El amor convertido en barro</i>	19
<i>El alma en la piel</i>	27
<i>Las fiestas del papel</i>	35
<i>Cristales de ensueño</i>	41
<i>Tejer con el corazón</i>	49
Glosario	56

Cristian Reynoso Rodríguez

Es licenciado en historia por la UAEM; tiene el diplomado en Historia del Arte de México por la misma institución, y el diplomado en Raíces de la Mexicanidad por El Colegio Mexiquense, A. C. En 2015 fue galardonado con la Presea Metepec en la categoría Artes y Letras y en 2016 fue nombrado cronista municipal del mismo lugar.

Entre sus publicaciones se encuentran: *Cronología de las ediciones del Estado de México 1812-2015*; *Metepec, capital del Estado de México en 1848*; *Centro histórico de Metepec*; *Álbum de los constituyentes del Estado de México (1916-1917)* y el capítulo “La Tlanchana”, en la obra *Metepec, Pueblo Mágico*. Se ha desempeñado como profesor, investigador y cronista.

Beatriz Torres Mañón

Es licenciada en historia por la UAEM. Se ha desempeñado como profesora e investigadora. De 2005 a 2009 formó parte del equipo de investigación de la Facultad de Humanidades de la UAEM, en donde desempeñó las funciones de técnico catalogador del proyecto “La Suprema Corte de Justicia de la Nación y las garantías individuales en la segunda mitad del siglo XIX: metodología, análisis y fuentes de información”. Es coautora de las obras *Juzgados y Tribunales Federales en el Estado de México en el siglo XIX: selección de expedientes* y *Lectura para niños de León Guzmán*.

Rocío Solís Cuevas

Estudió la maestría en diseño editorial del Centro de Estudios Gestalt y el diplomado en ilustración de la Academia de San Carlos; su trabajo ha sido seleccionado en el Cuarto Catálogo Iberoamericano de Ilustración en 2013. Ha diseñado e ilustrado publicaciones para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, el Instituto Electoral del Estado de México, Amaquemecan y Editorial Aguilar. Su trabajo puede ser consultado en rociosolis.wordpress.com.

Agradecimientos

A los artesanos Bernabé Fernández García, Alejandro López Escárcega, Diana Mónica García Chávez, Sergio Alejandro Hernández Martínez, Juan José Rodríguez Quiroz, Francisco Javier López Tello, María Esther Carrillo Romero y Dulce María Cajero Rivera por abrirnos las puertas de sus talleres y compartirnos sus conocimientos.





Y tú, ¿qué sabes hacer con tus manos? Un recorrido por los talleres artesanales de Metepec, de Cristian Reynoso Rodríguez y Beatriz Torres Mañón, se terminó de imprimir en noviembre de 2018, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S. A. de C. V., ubicados en oficina de ventas Otumba núms. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, en Toluca, Estado de México, C. P. 50040. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Sassoon Infant, de Rosemary Sassoon, de la fundidora Monotype Corp. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Rocío Solís Cuevas. Formación, portada y supervisión en imprenta: Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: Laura Zúñiga Orta y los autores. Editor responsable: Félix Suárez.